

ALGUNAS CAMPANAAS

F 1233

P39

v.1

1884-85

MEMORIAS ESCRITAS

por

IRIBARRENA



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155347

SEGUNDA EDICION

MEXICO

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE IRIBARRENA

1884

ALGUNAS CAMPANAAS

PRIMERA PARTE.

LA INTERVENCION FRANCESA EN LOS ESTADOS DE OCCIDENTE.

CAPITULO I.

EL PRIMER PASO.

AMIGO LECTOR:

Me parece que despues de los años que llevo de estarte dirigiendo la palabra, estoy ya autorizado para darte este tratamiento de confianza: es la primera vez que me permito hablarte en vocativo y, espero que me lo perdonarás, en gracia de que acaso sea la última, pues que no me propongo publicar despues de estas ningunas otras memorias ó reminiscencias, único caso en que el que escribe puede permitirse la osadía de estarse nombrando á si mismo, cosa que de veras me produce el efecto de un wagon arrancando chirridos á una mala curva.

A un lado, pues, los preámbulos, que tambien indigestan, y si me lo permites, querido lector, te referiré algunas escenas históricas de aquellas en que yo mis-

mo he sido, sin que quepa género de duda, testigo presencial. Podría por lo tanto decirte, si quisiera hablar en plata, que lo que voy á contar son mis propias aventuras políticas comenzándolas naturalmente por el primer paso dado en esa senda; pero no tengo otras pretensiones, lector amigo, que entretenerte un poco refrescando, quizás tus recuerdos, y por otra parte el respeto que me inspira el cortejo de personajes que van á pasar delante de tu vista, me hace desechar aquella idea y presentarte este relato como verdaderas notas de mi cartera, reducidas ahora que las pasiones se han enfriado á veinte grados menos del calor que tienen en el original.—Comienzo.

Estaba queriendo ya eclipsarse el año de 1863, después de haberme proporcionado dos de mis mas grandes satisfacciones, ofreciéndome la compañía de una jóven esposa y el título de letrado, cuando se anunció que la intervencion francesa estaba próxima á enseñar la oreja en mi misma tierra natal, Guadalajara.

—Tenemos que hacer aqui un papel, dije entonces á mis amigos íntimos Alfonso L. Jones, Clemente Villaseñor y demas que formaban en aquella época la entusiasta juventud jalisciense.

Fué aprobada la iniciativa y nos lanzamos á tomarlo con toda la voluntad que podía darnos el mas puro y el mas verdadero de los patriotismos.

Acababa de aparecer allí un militar, jóven como nosotros, que tenia además el prestigio de una simpática figura, y desde luego le propusimos que presidiera una junta patriótica, que teniamos el proyecto de organizar, apoyados por el gobierno.

El jóven militar á quien nos dirigimos era Ramon Corona que aceptó nuestra invitacion con muchísimo gusto: la junta patriótica se estableció entonces en los antiguos salones de la Universidad, en medio de los gritos del entusiasmo de un centenar de muchachos que eran por entonces los miembros que la componian.

Todos los viejos ó se reservaban su opinion, ó tenían miedo á las consecuencias, ó estaban pensando en recibir al imperio con los brazos abiertos.

El espíritu público estaba tan abatido, á pesar de nuestra vocería, que la junta patriótica aquella, no obstante ser institucion del gobierno, vino á quedar en mis manos y en las de Alfonso Jones, con cosa de otros 30 miembros que nunca concurrían á las sesiones. Cuando nos propusimos recoger donativos para los heridos de Puebla, solo un rico llamado D. Manuel Rivera se prestó á contribuir con una carga de frijol que mandó á nuestro tesorero.

Pero ninguna de estas contrariedades lograba abatirnos.

¡A reanimar el valor mexicano! habia dicho la juventud, y cada uno de nosotros hacíamos lo que podíamos.

Recuerdo mis briosas peroraciones en el club popular "Ocampo" y con que entusiasmo procuraba promover la fibra patriótica de aquellos ciudadanos de hielo. Por fin conseguí un dia que salieran de aquel club dos batallones y yo como secretario recibí la votacion para el nombramiento de los gefes. Leonides Torres sería el coronel del batallon número 1 de guardia na-

cional; Antonio Molina sería el coronel del 2º batallón.

Aquella votacion fué de las buenas, es decir, los miembros del club, salvo algunos trabajillos de propaganda, dieron sus votos con toda espontaneidad á nuestros dos candidatos.

El uno, Leonides Torres, se ha sabido distinguir como buen liberal, como partidario de entereza y como enérgico defensor de las instituciones, en los importantes puestos que ha desempeñado.

El otro, Antonio Molina, tomó á pechos su empleo militar y fué á morir en Alamos al lado del valiente Antonio Rosales defendiendo la autonomía de la República.

Registro en mis apuntes otro hecho altamente significativo: unos veinte jóvenes de 18 á 24 años nos dirigimos cierta vez en masa al Palacio del gobierno: yo llevé la palabra.

—Señor gobernador, dije al encargado del poder en Jalisco que lo era el general Pedro Ogazon, nosotros queremos prepararnos para recibir al enemigo extranjero con las armas en la mano. Deseamos defender á la República con éxito, pero no tenemos instruccion militar y venimos á pedirla al gobierno.

Agregué otras frases patrióticas de la oportunidad, que fueron aplaudidas, y al dia siguiente formamos un colegio militar en el antiguo edificio del Seminario, recibiendo la comision de instruirnos en el arte de la guerra, el coronel Anastasio Gutierrez que por cierto reunia muy buenas dotes para maestro.

Aunque todos comenzamos de soldados y hacíamos

nuestras guardias en el cuartel, en el palacio y en donde se necesitaba, al poco tiempo ascendimos á oficiales Lázaro Arellano y yo que supimos distinguirnos por nuestro fervor miliciano.

No era desatendida entonces otra de las palancas que yo he considerado siempre como una de las mas poderosas para avivar el amor á la patria: redacté por primera vez un pequeño periódico festivo que con la mayor facilidad ganó terreno en las masas, el cual tenia por título *Sancho Panza*. En este no solo trataba de pintar á la invasion francesa con negro colorido para infundir hácia ella en uuestro pueblo el mayor odio posible, sino que censuraba á la vez los abusos de mis correligionarios, cuyo proceder, al ménos segun en mi conciencia, entibiaba el espíritu público.

Habia que luchar con dos fuertes enemigos que nos tenian entre la espada y la pared: el uno era Antonio Rojas y los demas bandidos que se levantaron como por ensalmo de todos los rincones de Jalisco y que cometiendo toda clase de desmanes, enagenaban las pocas simpatias que engendraba el principio republicano. El otro eran los franceses que estaban alcanzando victorias fáciles por donde quiera que se presentaban.

Atacar á los franceses por la prensa era demasiado sencillo, puesto que los considerábamos como el enemigo comun y de todas maneras en eso hacia consistir su mision el escritor patriota; pero censurar á Rojas y sus gentes era muy peligroso, tan peligroso que nadie podia contar con su vida segura. No obstante, fueron llamados al orden en el *Sancho Panza* y eso me valió una prision voluntaria en mi propia casa que es-

tuvo sitiada por los *galeanos* (era el nombre que llevaban las chusmas de Rojas) por algunos días.

Eran los primeros abrojos que brotaban en mi camino.

Sin embargo, mi entusiasmo no decaía y era que me estaba impulsando el doble aliciente de figurar en la política y de defender la libertad de mi patria, que estaba siendo hollada por las plantas del extranjero.

Pero al fin y al cabo todos mis esfuerzos, todos mis trabajos, toda mi voluntad para que se utilizaran mis débiles servicios, vinieron á quedar en nada. El día menos pensado se anunció que los franceses se encontraban á siete leguas de la ciudad, que no había ni intención ni elementos para resistirlos y que la evacuación de la plaza estaba resuelta.

Este rumor se había propalado á las ocho de la mañana y para las tres de la tarde se veían las calles tan solas que no parecía sino que la ciudad iba á ser incendiada. Era como si el mismo San Gerónimo se hubiera subido á lo más alto del campanario de la Catedral y con su enorme trompeta, la misma que le servirá el día del juicio, hubiera pronunciado estas terribles palabras: "Sálvese el que pueda"

En efecto, hubo muy pocos seguramente que no procuraran ponerse en salvo, cuando menos en la casa de algún amigo imperialista.

Era de lamentarse la falta de orden tanto en los empleados civiles como en las tropas, pues que todo por la mañana había sido un constante ir y venir por las calles, convirtiéndose aquella retirada en gritería, confusión, tumulto.

Y era un valiente el que tenía entonces el mando

civil y militar de la plaza de Guadalajara, un hombre con todos los tamaños de un héroe: era el general D. José M. Arteaga.

Yo no era empleado ni tenía ninguna colocación militar, y á falta de autoridad deseaba tener un poco de prestigio para mover al pueblo y organizar aunque fuera una débil resistencia.... Me parecía muy triste que los franceses entraran sin quemar siquiera un cartucho á la segunda ciudad la de República.

Salí todavía después á buscar á algunos compañeros del disuelto Colegio Militar.... acaso era tiempo todavía de ocupar algunas azoteas y disparar algunos tiros sobre el ejército invasor.... Las calles estaban de tal manera pavorosas que un calofrío mortal recorrió todo mi cuerpo, y yo mismo, antes tan animoso, me sentí desfallecer. Las lágrimas brotaron insensiblemente de mis ojos....

—¡Que tarde tan triste!

La mujer que me dió el ser, mi querida madre, temerosa del peligro que pudiera correr si me quedaba, fué á sacarme de mi melancólico arrobamiento.

—¿Que esperas? me dijo, tu caballo está ensillado.

Mi caballo era un caballejo comprado en \$ 25 y tan manso que había sido necesario alquilar cuatro cargadores para ponerle el freno.

Abracé á mi madre, esta me bendijo y yo salí por primera vez del hogar paterno con el corazón oprimido.

Yo era el último de los fugitivos en aquella jornada.

¿Qué misión llevaba? ¿á dónde iba? ¿quién me llamaba? ¿qué órdenes obedecía? ¿cual era mi bandera? ¿quiénes eran mis gefes? ¿cual era mi representación?

¿quién iba á sostenernos á mí y á mi familia desde allí para en adelante?

Todas estas preguntas me las iba haciendo yo mismo cuando iba caballero en mi mal potranco por aquellos arenales, en donde se habian hundido las ruedas de los carruages que llevaban á los que á mi me parecian grandes potestades.

Pero de todas esas preguntas me burlé yo mismo tambien cuando alzando los hombros, cogiendo fuertemente ambos estribos y espoleando mi cabalgadura empecé á galopar diciendo para mis adentros:

¡Que diablos! yo soy un patriota como otro cualquiera que se va huyendo de los franceses, si Señor, yo me voy huyendo por que sí, pues maldito el caso que me harian si me encontraran por las calles.

A poco agregué con una cachaza que despues se fué pronunciando mas en mi carácter:

—Soy un político, vamos, este es el primer paso que doy en la divertida senda de la política. ¡Adelante

CAPITULO II.

PRIMEROS DESENGAÑOS.

El General en Jefe se detuvo en Zapotlán y allí se detuvieron tambien tanto las tropas como los políticos que en el mayor desorden habian verificado aquella retirada. Hasta despues, y eso porque no todos podian mantenerse en una sola poblacion, fué repartida la gente en Sayula, San Gabriel y demas pueblos inmediatos.

Nuestra pequeña caravana, compuesta de mi reducida familia, mi mujer, un hermano político y yo, fuimos los últimos seguramenté que llegamos al punto designado por cuartel general. Nos alojamos en la hospitalaria casa de mi amigo de la infancia el Dr. Palomino que acababa tambien de recibirse de médico y de casarse, y cuando fué buena hora al día siguiente, me vestí y salí á la calle.

Al doblar la primera esquina me encontré con un antiguo amigo: acababa éste de dejar una buena colocacion que tenia en la oficina principal de rentas, y lle-